



EL AÑO NUEVO

POR P. A. DE ALARCON

Quando cierto día del año, al tiempo de vestiros, reparáis en que el chaleco no pesa lo suficiente, y os preguntáis con asombro: *¿Qué he hecho yo de la paga de este mes?*, acuden a vuestra imaginación tan pocas cosas dignas de aprecio, que apenas halláis haber disfrutado placeres o adquirido mercancías equivalentes a tres reales de vellón.

Pues lo mismo acontece cuando, en la más melancólica de las noches (la noche de San Silvestre, confesor y Papa), os preguntáis con melancólica extrañeza: *¿Qué he hecho de los trescientos sesenta y cinco días de este año?*

Y es que, en la una como en la otra ocasión, sólo recuerda vuestra memoria cuatro estremecimientos de tal o cual especie; corbatas que se rompieron; guantes que se ensuciaron; embriagueces de amor o de vino que se disiparon a las pocas horas; días de gloria o de regocijo, que terminaron en su infalible noche; conversaciones que se llevó el aire; ratos de frío y de calor; mucho desnudarse y vestirse; mucho acostarse y levantarse; mucho comer y volver a tener apetito; mucho dormir; mucho soñar; haber llorado algunos

días, creyendo eterno tal o cual infortunio; haber reído y gozado más que nunca pocos días después; soles de primavera que se pusieron; lluvias que cayeron y se secaron... ¿Y qué más?—¡Nada más! ¡Y lo mismo siempre! ¡Y el año pasado como el anterior! ¡Y el año que llega como el que acaba de pasar! ¡Y todo so pena de morirse!

¡Ay! Los años son cifras hechas en el aire con el dedo... La vida es una lucha con la muerte, lucha en que el hombre se bate en retirada hasta que la muerte lo pone en la del Rey y le da con la puerta en los hocicos.—O, por mejor decir, no hay *vida* ni *muerte*, sino que la muerte es el olvido de la vida, como la vida es el olvido de la muerte.

Encuentro a un niño y le pregunto:

—¿A dónde vas?

—¡Voy a la *vida*!—me responde con ansia y curiosidad!

Encuentro a un anciano, y le pregunto:

—¿De dónde vienes?

—Vengo de la *vida*...—me contesta melancólicamente.

Recorro entonces (recorriendo estoy ahora) los años que median entre niño y anciano, diciéndome: «¡Aquí debe de estar la *vida*!» Y busco, y miro, y palpo, y encuentro que la *vida* es un centenar de pórticos que se suceden en forma de galería, leyéndose sobre los cincuenta primeros: MAÑANA..., MAÑANA..., MAÑANA..., y sobre los cincuenta últimos: AYER..., AYER..., AYER...—Me paro entre el último *mañana* y el primer *ayer*, y tiendo los brazos y digo: «Este es el apogeo de la existencia. Aquí vienen o de aquí tornan todos los peregrinos. ¡Veamos el objeto de tan penoso viaje! *Ayer*..., esperaba; *mañana*..., recordaré. ¡Por consiguiente, entre estos dos pórticos está la *vida*!...» Y me hallo solo conmigo mismo, abrazando contra mi corazón la sombra y el vacío; consumiendo un día cualquiera como el pasado y el futuro; *esperando* o *recordando*, pero nunca *poseyendo*... Y entonces no puedo menos de repetir aquel perpetuo aviso que un panadero puso a la puerta de su tienda: «Hoy no se fía; mañana, sí.»

¡Año nuevo!...—El Almanaque lo dice, y muchos lo creen verdad.—En cuanto a mí, creo que es más *viejo* que el anterior.

¡Año nuevo!, repiten algunos con alegría, como si dijeren: ¡*Levita nueva*!...—¡Ah, señores! ¡Contened vuestro entusiasmo! ¿Quién sabe si el año que hoy estrenáis habrá de ser vuestra mortaja?

¡Año nuevo!—¿Por qué? ¡*Año limpio* fuera más exacto!—El año que empieza es el mismo que ya conocemos. ¡Es ese traje de cuatro remiendos, que han llevado todos los hombres, todas las generaciones, todos los siglos! ¡Es el infalible arlequín de las cuatro Estaciones! ¡Es un cómico que murió anoche sobre las tablas y que hoy principia a representar la misma tragedia! ¡Es la propia tragedia, si queréis, cuyo argumento no puede ya interesar a casi nadie!

Y si no, recordemos algunas escenas.

* * *

Cuando en el mes de noviembre próximo se vista de luto el Año para representar el último acto de tal tragedia; cuando las hojas que aun no han brotado hoy caigan al suelo marchitas... (porque brotarán y caerán según costumbre); cuando los tísicos y los pámpanos vuelvan a la madre Tierra, dejándonos, aquéllos sus obras, si son artistas, y éstos su vino, sus uvas o sus pasas..., los estudiantes de Medicina que hayan sido aplicados tendrán un año más de carrera, lo cual llenará de orgullo a sus señores padres, quienes dirán muy seriamente, como si esto no fuese un absurdo: *Mi chico no ha perdido el año.*—Y, en efecto, su chico sabrá cómo se respira y se digiere, y hasta quizá dónde reside el alma, y las relaciones de ésta con los nervios...; de cuyas resultas padecerá las mismas enfermedades que los demás hombres; habrá *ganado* un año universitario y *perdido* otro de vida, y se morirá como esos gladiadores que, al expirar, dicen a su enemigo: *Me ha matado usted en cuarta.*

Mas no seamos tan descorazonados. Puede que el año neófito encierre algo más agradable que lo conocido hasta aquí. ¡Quién sabe si, durante él, variará la forma de los cuellos de camisa o la situación de Europa; lo cual, al llegar otro San Silvestre, nos consolará de tener una arruga más o un cabello menos!

¡Esperemos, señores! En un año *nuevo* pueden suceder muchas cosas *nuevas*; v. gr.: El año difunto, ¡bendito sea él! ha respetado la vida de algunas personas que amamos... (¡Año misericordioso! ¡Ha preferido su propia muerte!)—¡Parárase el tiempo, aunque no conociésemos las modas que han de venir, los reyes que han de reinar y los grandes inventos que aun me prometo del hombre, y no correrían peligro de morir nuestros padres, hermanos y novias! Pero el tiempo no se para: el tiempo vuela. Tenemos año nuevo: preparad los lutos, si no para este año, para el que viene; si no, para el otro. ¡Pensad, en fin, que cada 1.º de enero es una amenaza!—Ahora si queréis libraros de estos disgustos, podéis moriros de antemano.

¡Salud a 1859!, ¡a la nueva incógnita! Pero ¡haga Dios que la Historia no lo registre en sus páginas; que la Historia es casi siempre una lección inútil, escrita con lágrimas y sangre!

He reparado que los niños se burlan de los viejos. He reparado también que los ancianos que llegan a ver viejos a sus hijos los tratan con aquella officiosa ternura, aquel miedo y aquella consideración que tenemos a las personas que nos deben sus desgracias... He reparado, por último, que las madres sienten que sus niños se conviertan en hombres *hechos y derechos*.

¡Salud! ¡Salud a 1859!

Será este año tan largo como el 14 del siglo IV, salvo el déficit que cubrió después la Corrección Gregoriana. Y tan perdido quedará en el tiempo el año

que empieza hoy, como cualquiera otro que pudiera citar. Y lo veremos después en la moneda, en las portadas de los libros y en las losas de los sepulcros, como a esas amadas de ocho días, cuyo imperio sobre nosotros no comprendemos al cabo de ocho meses.

¡Ah, sí!... ¡Pero vendrá la Primavera de 1859! La creación empezará a retorzar como un potro de seis meses; los valles y las laderas de los montes abrirán al público sus perfumerías; de Africa y de Oriente llegarán compañías de pájaros a cantar *gratis* lo que Dios les haya enseñado; se tenderán alfombras de hierba en los campos; doseles de verdura cubrirán los bosques; el Sol atizará sus caloríferos, y el ambiente se dilatará, tibio y amoroso, como un animal acariciado. La Luna y el Sol, que habrán andado cada uno por un trópico durante seis meses, se encontrarán en el Ecuador y saldrán a pasear del brazo por un mismo punto del horizonte...

¡Entonces se armará la de Dios es Cristo! Desde las hormigas hasta las águilas empezarán a hacer de las suyas: todo será luz, aroma y armonía: todo amor y reproducción; el aire se poblará de aves, de insectos y de átomos bulliciosos, y todos se dirán: *¿Me quieres?*—¡Y ni de noche habrá silencio ni quietud! Las mismas estrellas se requebrarán en lo alto; sólo que, como más sublimes, se dirán: *¡Te adoro!*—A todo esto los ríos se desperezarán contra las guijas de su lecho, dando estirones para llegar pronto a la mar salada, coquetona que los acoge a todos en su seno y les chupa su caudal, que gasta luego en vistosas papalinas de nubes y anchos peinadores de niebla.

Tal será la Primavera de 1859—. Pues bien; en esos días tentadores, persuadidos por esas músicas, embriagados con esos aromas, desvanecidos en ese aire voluptuoso, los adolescentes que no han amado todavía sentirán escaparse de su corazón la primera bocanada de fuego; notarán que serpea por sus venas una sangre más activa; verán en el aire luces de colores, y llorarán sin saber por qué—. ¡Amarán entonces por primera vez!... ¡Año dichoso para ellos! ¡Año inolvidable! ¡Año verdaderamente *nuevo*! ¡Nuevo para ellos solos!... Ya me parece que les oigo decir estas dos palabras infinitas, que brotan de nuestra alma en los momentos solemnes: *¡Siempre! ¡Nunca!*



¡Siempre y nunca, hemos dicho todos! ¡Siempre y nunca, nos han dicho también!—Pero luego llega el año nuevo, y después el otro año... ¡y acaba uno por estremecerse al pensar en que hay años nuevos!

Así va siguiendo el argumento de la tragedia—. Yo lo tengo al dedillo, y en verdad que no me alegro mucho...—Pero, en fin, por conocida que sea la función, por triste que sea oírla de nuevo, sabiendo en qué ha de venir a parar, siempre habrá un consuelo para nuestra alma y una moraleja para este artículo.

Son del tenor siguiente:

* * *

Figuraos que ayer, día 31 de diciembre de 1858, a eso de las once de la noche (de esa noche que parece más tenebrosa que ninguna, porque es la noche de un año al par que la de un día), volvisteis a la antigua maña de pensar en la brevedad de la existencia. Figuraos que además estabais tristes, porque habíais perdido para siempre alguna prenda adorada (la madre que rizaba vuestros cabellos cuando niño, o el padre que os explicó la Naturaleza o la mujer que iluminaba vuestra alma, o el amigo que hospedabais confiados en lo más íntimo del corazón); figuraos, en fin, que aun eran los tiempos del romanticismo, en que se estilaba ir a llorar de noche a los cementerios, y que vos erais romántico y os dirigisteis allá a la vaga luz de los luceros...

Pasemos por alto el frío que anoche haría a esa hora fuera de puertas, y supongamos que os sentasteis en una sepultura, en la sepultura querida, y que fijasteis los ojos en el cielo.

Miles de astros ardían en el sitio de siempre, como arderán el día de San Silvestre del año 1858, si entonces no se ha trasladado esta fiesta a otro mes, y como ardían hace cinco mil años, cuando San Silvestre no había venido todavía al mundo.

El cielo, infinito y transparente; la tierra, oscura y limitada; la capital de los vivos, que dejasteis a vuestra espalda bailando y echando los años; la capital de los finados, tan inmóvil y silenciosa como si no la habitara nadie; la poca historia que habéis leído y la mucha poesía que tenéis en la mente..., todo se agolpó en aquel momento a vuestra imaginación, y empezasteis a pensar en cosas tan grandes y extraordinarias, que la lengua no tendría palabras para verterlas.

Las almas de los muertos, encarnando en vuestra memoria (permitidme la frase), vagaban entre vos y el cielo, y lágrimas ardientes bañaban vuestras mejillas... Todo el amor, toda la caridad, toda la virtud que economizáis en el mundo, y la justicia que echáis de vuestro corazón... ¡Ello es que sollozabais sin saber por qué!

—¡No han muerto, no—decíais—, ni los seres que lloro ni las virtudes que

no practico! ¡No han muerto ni mi fe, ni mi entusiasmo, ni mis padres y maestros, ni mis amigos y mis amores! ¡No han muerto, no, mi inocencia, mi esperanza, mis creencias, mi alma, en fin! ¡Mentira y vanidad en cuanto ansié en la tierra; mentira y vanidad aquella vida; mentira y vanidad son el poder y las riquezas y los honores; pero mi alma, pero mi llanto, pero mi Dios no son ni vanidad ni mentira!

Supongamos que en este momento dieron las doce los relojes de Madrid...

¡Era año nuevo!

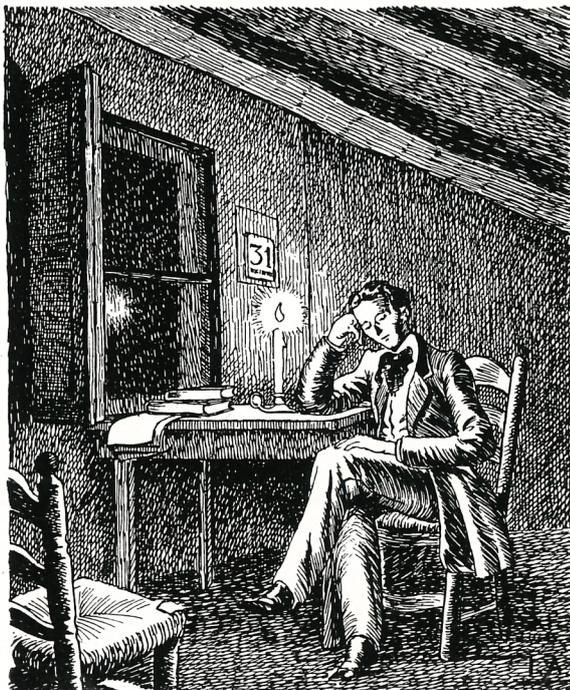
Los muertos no añadieron un guarismo a la losa de su sepultura, ni los astros brillaron más ni menos que el día de la creación.

Entonces dijisteis:

—Para las tumbas y para el Cielo, el tiempo no tiene medida. El alma carece de edad; y, mientras caen deshechos los ídolos de barro que erige la soberbia del hombre, el espíritu se purifica en el destierro para asistir al banquete de la Inmortalidad. El tiempo es el verdugo del que duda y el amigo del que espera.

A lo que añado yo:

—La división del tiempo significa miedo a la muerte. Para el alma no hay más siglos ni más años que una noche de miedo y pesadilla y un día de gloria y bienaventuranza. Si hoy nos cercan las tinieblas, ¡esperemos confiados la aurora del nuevo día!



* * *